

JACINTO SALVADÓ

Paseaba por la Rue de Seine, en París, y vi un cuadro en el escaparate de la galería Simone Heller. Me causó mucho asombro y entré como un poseído para preguntar quién lo había pintado. Me dijeron que su autor era un pintor español, llamado Jacinto Salvadó, y residía hace bastantes décadas en aquella ciudad. En ese momento deseaba comprar aquella obra pero ya estaba reservada. Fue mi primer acercamiento hacia él. Decidí ir a la Casa de los Artistas de París para conseguir su dirección y poder visitarle. Todo se dio sin problemas y me recibió en su estudio. Sentí una sensación extraña y me encantaba. Había allí un estimulante mundo de color en cada rectángulo, cuadrado, círculo, triángulo, vidriera que contemplaba. Jamás había estado ante tanta maravilla y de relevante belleza. Parecía que todo respiraba fresca. Hablamos varias horas sobre pintura y fue el inicio de una estrecha y duradera amistad con este artista de afable esencia. Me identifico con su trabajo y pienso que su geometría es muy cercana a la sensualidad; creaba con el dictado del corazón, muy diferente al quehacer intelectual y racional de un Auguste Herbin. Para mí Salvadó es uno de los pintores más importantes en la pintura española del siglo xx, amigo y modelo de Picasso (aparece como Arlequín en algunas de sus telas), Miró y Arp. Al creador del Guernica siempre le gustó lo que hacía Salvadó. En 1973 Juana Mordó le organizó una exhibición en su sala de Madrid y lo vendió todo. Pero también hubo fracasos y pienso en la muestra de Toulon, en 1968, donde no vendió nada y decidió regresar a una figuración cercana al cubismo por un corto período y así sobrevivir. Nunca se rindió e insistió con su búsqueda, animado por un planteamiento más vanguardista. Su trayectoria destacó continuamente por la experimentación y habitaba en él una inquietud fundamentada en la investigación. Quiso llegar a un constructivismo místico, desborde de la luminosidad y perspectivas arrojadas al misterio. Me pregunto en qué paradero se encontrará parte de su increíble trabajo de los años cuarenta y cincuenta, adquirido por unos marchantes italianos. Desconozco a la ciudad que pertenecían. Salvadó siempre exploró la fuerza del color hasta el final de sus días. Tenía la insolencia de un niño e hizo de la abstracción una fuerte raíz, donde provenían gran parte de sus preocupaciones estéticas. La viveza de sus composiciones no deja indiferente. Recuerdo con emoción cuando le promocioné una exposición en la Galería Valle Ortí de Valencia. Ahora sigo impulsando su legado pictórico con mi galería. He luchado y lucharé por difundir a Salvadó y la justicia del tiempo es un aliado en esta hazaña. El maestro vuelve nuevamente a París, ahora en el Instituto Cervantes, en pleno siglo xxi. Y lo repetiré hasta la saciedad: me identifico mucho con su increíble y adelantada obra. Siempre.

Basilio Muro Bellido Valencia, febrero de 2015